

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

ALFONSO DE E. TAUNAY, *Pequena historia do cafe no Brasil*. Río de Janeiro: Edicao do Departamento Nacional do Café. 1945. Pp. 549.

La *Pequena historia do cafe no Brasil* es realizada bajo los auspicios del Departamento Nacional del Café, de la hermana República del Brasil.

La obra tiene relieves de alto valor, no sólo para el economista que se adentre en los intrincados vericuetos de la producción mundial cafetera, sino para el sociólogo y el historiador; toda ella, constituye una verdadera lección para los países monocultores, y en general para aquéllos que aún gravitan dentro de la órbita de los pueblos semicoloniales, productores de materias primas sujetas a los vaivenes de la política comercial internacional.

Entraña asimismo, un anhelo común a los pueblos latinos del Continente: la diversificación de productos, en tal forma, que no dependa la economía de uno solo, sino de la mayor cantidad posible, sin pretender por ello caer en una absurda autarquía.

Apunta de igual modo, la necesidad de un mejor aprovechamiento de los recursos naturales, e implica además, el deseo de orientar la economía nacional por senderos más de acuerdo con las propias necesidades, sin que esto quiera decir ruptura del equilibrio que debe existir entre las necesidades interiores y las exteriores.

De azarosa y tenaz puede calificarse la lucha que paso a paso fué abriendo el camino al café en el mundo.

La lucha del hombre contra el hombre, y contra los elementos de la naturaleza, tiene en el autor uno de los más hábiles diseccionadores.

La historia del café en el Brasil, se abre cuando los primeros granos procedentes de Kaffa, pequeña ciudad al suroeste de Etiopía son llevados a la Amazonia, por el año de 1727. Años más tarde, la existencia misma del país, estaba materialmente atada al cordón umbilical del café.

El siglo XIX, presencia el florecimiento paulatino pero seguro de algunas regiones del Brasil, perfilándose ya aquéllas que en definitiva tendrían a la larga, una preponderancia manifiesta en el orden económico, destacándose entre otras Sao Paulo, Minas Geraes, Río de Janeiro y otras.

Las primeras décadas del siglo pasado auspiciaron el desenvolvimiento económico del Brasil, sobre la base de una producción continuamente creciente del café, entorpecida de manera sistemática por varios problemas, citándose entre los más importantes: la falta de brazos para las labores agrícolas; la ausencia de vías de comunicación; carencia de crédito y, finalmente, un gran atraso en los cultivos, consecuencia del desarrollo de una casta de "fazendeiros" que practicaban el ausentismo, y cuya única ambición era la de adquirir títulos de la más vieja nobleza lusitana.

La falta de mano de obra, durante todo el siglo XIX, fué uno de los más importantes problemas, que pretendió resolverse mediante los más variados ensayos de colonización.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

Al respecto, bien puede abrirse un paréntesis que abarque desde el fracaso de la colonización portuguesa en Ibicaba y Limeira, en el transcurso del segundo cuarto del siglo XIX, hasta la ventajosa pero reducida colonización alemana, sin dejar fuera las esperanzas concebidas por los gobernantes brasileños, al estallar la Guerra de Secesión, que daría como resultado inmediato un gran éxodo de mano de obra.

Estos ensayos y posibilidades de colonización, se erigían sobre la más despiadada explotación de mano de obra negra vendida por los ingleses, o comprada directamente al Africa, y cuyo monto ascendía a dos millones de seres, al decretarse la ley antiesclavista de 13 de mayo de 1888, disposición legal en la que mucho influyó la campaña de Gaspar de Silveira que culminó con su célebre frase al definir la economía nacional: o Brasil é o café, e o café é o negro.

El incremento notable en la demanda extranjera de café, determinaba el que las vías de comunicación fuesen ya para principios del siglo, una verdadera necesidad.

Los medios de transporte, son factor básico en el desenvolvimiento económico de un país, y con mayor razón en aquellos como el Brasil que canalizaban su energía creadora hacia la satisfacción de los mercados exteriores.

El consumo extranjero que en 1822, era de 190,000 sacos, para mediados de la centuria requería 5.586,050, y para fines del mismo período, absorbía 9.7 millones.

La falta de comunicaciones, tenía en los ministros de hacienda, los más fieles enunciadore. "Anualmente repetían los Ministros la misma cosa —dice Taunay—, falta de brazos, falta de crédito y falta de comunicaciones."

Los resultados que buscaban, vencidas múltiples dificultades, sobre todo de índole financiera, llegaron al fin. La construcción de la línea de Provincia de Sao Paulo, y de ésta a Jundiai, señaló el primer jalón de una red ferroviaria que vendría a constituir más tarde la arteria por la que fluyesen millones de sacos de café hacia los puertos de exportación.

Y aquí cabe observar un fenómeno idéntico al que se aprecia en aquellos países que producen para la exportación; las líneas férreas siguen la ruta que marcan los principales productos exportados, estén explotados por extranjeros o nacionales.

México y su minería, y el Brasil con su café, son un buen ejemplo. Café y plata, sin lugar a dudas, fueron los únicos determinantes de la distribución de vías de comunicación ferroviaria en ambos países.

Con posterioridad, las rutas de Mauá a Raíz de Sem, "Don Pedro II" y Sao Paulo Railway, así como otras, contribuyeron a ensanchar la red por donde saldría el grano cultivado con el hambre y el sudor de los negros.

Otro de los problemas a que tuvieron que hacer frente los constructores de la riqueza brasileña a través de los distintos gobiernos de la época, y

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

del que nacieron diversas políticas, eficaces unas y erróneas otras, fué sin ningún género de duda: el crédito. Si inicialmente las plantaciones cafeteras, por la poca demanda extranjera no tuvieron dificultades para el abastecimiento, puesto que no se requerían grandes inversiones, máxime cuando la mano de obra negra, era relativamente barata; en años subsiguientes, con la ampliación de cultivos, y la apertura de nuevas zonas, la usura primero, y la hipoteca más tarde, vinieron a ser el principio del latifundio, y a sentar las bases para una explotación ya no sólo de la mano de obra negra, sino del propio "fazendeiro".

Mata de Minas, Norte de Sao Paulo, Mata do Río, y otras regiones más, surgieron al comercio cafetero; los pioneros del café (grandes latifundistas), cuyos nombres figurarían en el primer tercio de la historia del Imperio, prosperarían continuamente en tanto otros, según investigaciones de Van Delden Laerne, hipotecarían sus fincas para hacer frente a las nuevas necesidades. Para fines del siglo, se registraban en los bancos Predial y de Crédito Real de San José, no menos de 1,029 haciendas hipotecadas, quedando sin gravámen alguno, sólo el 20% de las fincas cafeteras.

El latifundio se ensanchaba amenazante sobre los poseedores de menores recursos. Uno de los más famosos fué en su época el del Conde de San Clemente que comprendía 9 haciendas, con 5.000,000 de árboles y más de 2,000 esclavos negros, además de otros servidores.

El crédito originalmente estuvo en manos del "comisario" que era, "como un tutor amigo, interesado en la prosperidad del hacendado; le daba recursos para agrandar labores y comprar esclavos nuevos, pero ejercía el control por vida de su cliente, exhortándole a que acometiese nuevas labores y cultivos más amplios".

En estas condiciones, era ineludible que el hacendado cayese en manos de los comisarios.

Junto al "comisario", se hallaba el "ensacador" que era el que verdaderamente daba crédito y había, además varias casas brasileñas cuyos agentes compraban directamente al productor.

A fines de los noventa, el Brasil debería pasar por una etapa de verdadera prueba que se inicia con la creación de los Bancos de Emisión de Bahía, Río de Janeiro y el de Porto Alegre, por el entonces ministro de hacienda Rui Barbosa, quien "desencadenó una tormenta".

Sin un apoyo efectivo, la emisión monetaria tuvo que conducir a la inflación forzada con los consiguientes trastornos.

El incremento de las existencias en el interior; la baja de las cotizaciones del café; todo ello unido a la mala política emisora, obligaron a la realización minuciosa de un análisis de la situación cafetera, concluyéndose que la producción estaba constituida por dos partes, una "formada por el cultivo en buenas tierras y mejores condiciones económicas; y otra, representada por el cultivo en terrenos y climas inferiores, por agricultores

EL TRIMESTRE ECONOMICO

rutinarios y en malas condiciones económicas. Los capitales invertidos en el segundo grupo, eran no sólo estériles, sino perjudiciales a la riqueza pública, y agentes de destrucción de valores”.

A esta situación, vino a poner término el convenio de 25 de febrero de 1906, firmado en la ciudad de Taubaté, por los presidentes de los Estados de Sao Paulo, Minas Geraes y Río de Janeiro, el más famoso documento de la historia cafetera del Brasil.

El convenio no sólo encontró oposición en el interior del país, sino que las actividades derivadas de su cumplimiento, fueron acremente censuradas. Por ejemplo, Estados Unidos, llegó a invocar la Ley Sherman por considerar como monopolistas las actividades de la Bolsa de Valorización del Café, que tenía existencias en diversas partes del mundo, decomisando inclusive 930,000 sacos de esta institución, almacenados en la Day Dock Co. de Nueva York.

Fué más bien en el curso del presente siglo, cuando se crean organismos como el Instituto Agronómico de Campiñas, que fué el primero que llevó adelante análisis serios y detallados, de los obstáculos que impedían el desarrollo de la producción cafetera.

Años después, los resultados obtenidos mediante el cuasimonopolio de los antiguos signatarios del Convenio de Taubaté, hicieron surgir nuevos grupos como la “Organización de Defensa del Café” y otros, que ahondaron más en el estudio de problemas como: causas de la crisis cafetera, exceso de producción respecto al consumo, aumento de la concurrencia en el extranjero, etc.

En los años más recientes, las conferencias y reuniones de los países productores de café, han señalado nuevos derroteros a la producción brasileña.

Puede, consecuentemente, afirmarse que conocer la historia del café en el Brasil, es conocer la historia de este país, pero una historia con un sentido nuevo, que puntualiza situaciones económicas con sus desviaciones políticas y culturales.

Queda sólo en la parte última de la excelente obra de Taunay, una duda: los pueblos monocultores deben desembocar forzosamente en el Intervencionismo de Estado que lleva a las más execrables formas de gobierno en los países latinos?

La historia parece que así lo ha demostrado con varios países antillanos y sudamericanos.—R. López García.

C. E. AYRES, *The Divine Right of Capital*. Boston: Houghton Mifflin Company, 1946. Pp. 214.

Desde los tiempos en que Thorstein Veblen desapareció de la escena norteamericana, después de haber escrito un gran número de obras, tales

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

como *La teoría de la clase ociosa*, *Los ingenieros y el sistema de precios* y otras más, no ha habido entre los escritores de ese país uno que pudiera considerarse como su igual. Es cierto que la pluma fácil y liberal de Stuart Chase ha mantenido alerta al pueblo norteamericano sobre los aspectos más importantes de su vida política y económica en estos últimos años; pero Chase, con toda su buena intención y voluntad, nunca penetra en el fondo de un problema. Es un popularizador de ideas y esto lo hace bien. Pensadores originales como Veblen, en el campo económico, no ha habido en los últimos tiempos. Como historiador Veblen puede tener rivales en la presente escena académica norteamericana; mas no como hombre de visión y pensamiento claro, ni del poder de su pluma. Aquí nos encontramos, sin embargo, con el autor de esta magnífica obra que reseñamos, sin duda alguna uno de los libros de mayor interés que ha visto la luz en los últimos quince o veinte años.

C. E. Ayres no es desconocido en el mundo académico. Como autor de *The Theory of Economic Progress* se destacó como un pensador original, de fuertes convicciones, bien informado y muy mesurado en sus juicios y apreciaciones. En su obra anterior, como en la presente, destaca su clara inteligencia, su amplio conocimiento de la historia económica, su familiaridad con el progreso de la ciencia y sus efectos en la economía de todos los tiempos; conoce a fondo los problemas sociales y filosóficos de la edad media y de las épocas revolucionarias modernas. Y está familiarizado con todas las tendencias actuales, en el mundo de la ciencia, como en el mundo menos científico pero igualmente real de las creencias sociales.

Cada capítulo de esta magnífica obra lleva un acopio de notas bibliográficas que el autor ha puesto muy acertadamente en la parte posterior del libro y no al pie. En cada párrafo hay algo que admirar: la interpretación de los acontecimientos actuales, las soluciones que se ofrecen, la disección de las principales frases de los propagandistas conservadores y pseudoliberales, la exposición fácil de los principales problemas, las comparaciones históricas, definiciones acertadas, relaciones de progreso y desarrollo social y económico, el significado de las instituciones, el estudio de las varias soluciones que se ofrecen al estadista y al electorado de todos los países. Es sorprendente lo que el profesor Ayres, de la Universidad de Texas, ha podido incorporar en estas doscientas y más páginas de su ameno e inteligente estudio sobre el derecho divino del capital.

El lector no encontrará en esta obra la propaganda ingenua e imaginativa a veces, de un Eric Jonhston, ni la tergiversación de los hechos y tendencias económicas, que a mi parecer, abundan en la obra del académico Hayek. Ayres es un escritor honrado, mide sus frases, analiza su contenido. No es un propagandista. Es un estudioso convencido de que la democracia por la que lucharon los antepasados de los actuales norteamericanos e ingleses, no es la democracia que defienden los presidentes de

EL TRIMESTRE ECONOMICO

cámaras de comercio, ni la "empresa libre" es la empresa libre por la que lucharon las clases comerciales del período feudal, ni la "propiedad" es la misma que se defendía contra la arbitrariedad del poder real allá en los tiempos de Luis XIV. "La sociedad industrial actual no ha sido creada por el capitalismo a pesar de que ese sistema ha sido "causa permitiva" de muchos otros cambios. Pero que sea la causa creadora del moderno sistema industrial, eso no es cierto".

La tesis principal de Ayres es que el capitalismo ilimitado es un gran daño social y hoy por hoy, un positivo obstáculo al progreso, la causa fundamental de las depresiones, la explicación de la paradoja de miseria en medio de la abundancia. Y ello explica por qué los industriales deben recurrir continuamente a los mercados de exportación para hacer su *dum-ping* de mercancías que no se pueden vender en el país productor, porque el capital se lleva la parte del león del "dividendo social" y no queda suficiente a los consumidores-trabajadores para comprar todo el fruto de su trabajo. De la lucha por los mercados entre las naciones industriales, viene la rivalidad y la guerra. La solución es redistribuir el "dividendo social" más equitativamente, por medio de fuertes impuestos que deben ser más gravosos mientras mayor sea el ingreso del individuo. Esa será la única manera de asegurar el que los consumidores y el pueblo en general puedan comprar todo lo que se produce. Un sistema de seguro social, tal cual Beveridge lo explica y patrocina en su proyecto de seguridad social para todos en Inglaterra, es la salvación del capitalismo. Y este último debe aceptar estas condiciones o verse completamente desplazado por sistemas sociales radicalmente distintos que traerán como consecuencia inmediata grandes cataclismos sociales. Así como la monarquía inglesa limitada, ha podido resistir durante estos largos siglos, mientras otras monarquías que quisieron seguir reinando absolutas, han desaparecido. El principio de la monarquía limitada ofrece un gran ejemplo al capitalismo. O de otro modo, pasará lo que en Francia, en donde la monarquía no quiso ceder a las reformas fiscales de Turgot y se vió aplastada por la revolución. El profesor Ayres recurre a la experiencia histórica de Francia e Inglaterra en varios capítulos de su obra. Según él esos dos países ofrecen las dos alternativas que le quedan al capitalismo absoluto moderno, que se opone a las reformas sociales, que quiere la libertad de gastar sus ganancias como desee (que es lo que ellos entienden por libertad) y que están aferrados a la idea de que el capital debe obtener grandes ganancias para asegurar el ahorro, que es necesario al continuo progreso industrial del país. Todo esto es *sheer nonsense*— tonterías. Lo que los capitalistas quieren es que el Estado siga sancionando la inicua distribución del ingreso nacional que resulta del control que tienen los capitalistas del poder financiero que logran con el control de la propiedad.

La obra del profesor Ayres está dividida en tres partes y cada parte en

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

nueve capítulos. La primera parte se titula "El capitalismo absoluto". Y en los tres primeros capítulos explica cómo nació el capitalismo, qué fuerzas históricas presentes hicieron posible su aparición y desarrollo y cómo la revolución industrial ha sido una revolución continua, por algunos cientos de años, desde el invento de la escritura primero y luego el de la imprenta que permitió la transmisión del pensamiento de generación en generación. El autor principia con una definición: "Capitalismo, como su nombre lo indica muy claramente, es una sociedad en la que el capital juega el papel principal. Ha habido solamente una, la nuestra, y ésta se encuentra actualmente en un proceso de cambio en algo diferente. Lo que es principalmente evidente en la actualidad es la confusión. Nadie puede decirnos hasta cuándo durará esta confusión ni cuán grave podrá volverse. Puede aún resultar muy fatal. Pero podemos decir con certidumbre que, si no resulta fatal, la confusión durará solamente hasta que el mundo se dé cuenta de la idea de abundancia, posibilidad que existe ya en la producción industrial en masa. Cuando se capte la idea, la realidad se habrá logrado".

¿Qué es lo que determina, lo que mueve a nuestra sociedad? ¿Es acaso la filosofía cristiana? "Nuestra sociedad es comercial. Comercio, compra y venta, el intercambio de artículos en el mercado: estas actividades han jugado un papel tan importante en la vida moderna que por un tiempo han parecido como si fueran lo único importante, el todo. En las palabras del presidente Coolidge, el negocio de los Estados Unidos es el negocio de comprar, vender y hacer dinero... En nuestra sociedad el dinero es poder... Cuando soñamos despiertos lo que nos imaginamos es que somos ricos... Por qué hacemos esto". Y luego de citar algunas respuestas parciales que la gente generalmente da, Ayres nos ofrece su propia respuesta: "Toda nuestra sociedad está profundamente convencida de que el dinero es fin y medio; que es bueno para la sociedad así como para el individuo; en verdad, que el progreso de la sociedad depende de la acumulación de dinero... Esta es la idea del capital. Desafortunadamente para todos nosotros, esto es perfectamente falso. Como todos saben, el progreso de toda sociedad depende de su habilidad para aumentar el aparato productivo de la comunidad. La última guerra nos ha dado una clara y conspicua ilustración de este proceso."

La historia nos dice cómo es que el capitalismo se transformó de una cosa perseguida en la finalidad de los gobiernos que se siguieron al feudalismo. Un escritor destacado ha dicho que "Un siglo anterior (a Enrique VIII) los hombres de negocio habían practicado la extorsión y se les había dicho que era malo, por ser contrario a la idea de Dios. Un siglo después, los hombres de negocio la practicaban y se les dijo que estaba bien, porque ello estaba de acuerdo con la ley de la naturaleza"... "Algunos lo llaman naturaleza pero otros lo llaman capital. Aun en los primeros años modernos la industria crecía rápidamente. Ese crecimiento era una función del equipo

EL TRIMESTRE ECONOMICO

industrial de la comunidad —como cualquiera puede verlo aún en los tiempos actuales. El identificar esa función con la acumulación de dinero es atribuir todo a los hombres que han hecho dinero”.

Y ¿qué decimos del espíritu del capitalismo? “El espíritu del capitalismo es el espíritu de un sistema de poder basado en la propiedad y expresado en el poder del dinero. No hay ninguna duda acerca del origen y carácter de ese sistema. Fué derivado de un antiguo sistema de poder, del feudalismo, y continúa la tradición inmemorial por la cual las comunidades se dividen entre gobernantes y gobernados... El problema es de si el poder del dinero como tal ha traído el sistema industrial de la producción mecánica. Hay una sola respuesta que así lo supone, la de que el poder del dinero y la producción mecánica son idénticas cosas, y esa es una ilusión de doble significado. Si nos hacemos la pregunta directa de si el capitalismo fué la causa creadora del crecimiento de la industria moderna, la respuesta es: No.”

Hay una constante tentación al reseñar este libro, el recurrir a las propias líneas del autor, como comentario. Pero caer ante esa tentación acabaría por hacernos verter el texto íntegro en una reseña que por regla debe ser corta. La segunda parte del libro se titula “La distribución del ingreso”. Y aquí el autor explora las posibilidades de que la empresa privada pueda darnos la ocupación plena y pueda evitar las crisis. Expone sus ideas sobre el papel que juega la tasa de interés y destruye algunos mitos sobre esta interesante figura de la economía. Habla de las obras públicas en tiempos de la depresión y por qué la empresa privada se opone a estos programas. El seguro social y los impuestos progresivos son el remedio al capitalismo ilimitado.

La tercera parte y la final lleva el título de “El capitalismo limitado”, en donde explica por qué el capitalismo debe aceptar limitación o verse perseguido y suplantado por sistemas sociales que representarán muchas penalidades para la humanidad, aunque al fin resulten de mayor beneficio. El capítulo veinte de esta tercera parte interesa sobre manera a los capitalistas nuestros y a nuestros futuros empresarios, así como a nuestros dirigentes públicos y ministros de hacienda: “Más de una vez en capítulos anteriores se ha dicho que el crecimiento industrial no depende de la acumulación de sumas de capital. El crecimiento industrial es una consecuencia del progreso de la tecnología industrial. Sin invención y descubrimientos ninguna cantidad de dinero podría traernos el crecimiento industrial y ningún avance técnico real jamás se ha perdido por la falta de capital.”

Por último las ideas que prevalecen hoy en relación a la ocupación plena tienen una base filosófica moderna, principalmente en la filosofía del instrumentalismo de John Dewey. “Lo importante es que una economía que piensa en términos de ocupación plena tiene el apoyo de la filosofía de nuestros días en un grado que no es menor, ciertamente, que el que la

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

filosofía del siglo XVIII apoyaba a la economía del siglo XVIII". Y, finalmente, "el capitalismo limitado tiene que dar resultados. Pero la limitación debe ser clara, definida y final. No lo lograremos con protestas de inocencia. El capital debe ser purgado de todo olor de santidad. La idea misma de la suprema beneficencia de los fondos debe desaparecer".—*Gustavo Polit.*

ALEXANDER BAYKOV, *Soviet Foreign Trade*. Princeton: Princeton University Press, 1946. Pp. 100.

El autor de esta importante obra es profesor en la Universidad de Princeton y autor de *Historia de la economía soviética*, que publicará próximamente el Fondo de Cultura Económica, que apareció también el año pasado. A diferencia de otras obras que se han publicado en los últimos años, el autor no se explaya en consideraciones sobre los probables y posibles peligros que emanan o pueden emanar del sistema de control público del comercio exterior.

Este libro es una narración objetiva de cómo opera y funciona el sistema de comercio exterior de la Unión Soviética, su evolución a través de los años, desde que se inició la revolución rusa, y, para mayor comprensión, nos da también una breve reseña del comercio exterior en tiempo de los zares, sus tendencias de entonces y sus tendencias actuales. No es un libro doctrinario, ni de opinión. La descripción es en todo momento circunscrita al tema y está lejos de la mente del autor hacer comentarios que pudieran dar a su obra una finalidad política o que pudiera tomarse como base para lanzar acusaciones infundadas.

El control del comercio exterior por el Estado no nació con la revolución comunista. Las necesidades de la guerra, desde su iniciación en 1914, hicieron imperativo que el Estado participara directamente en las exportaciones e importaciones y el control de las divisas extranjeras permitía al Ministerio de Finanzas estimular o prohibir la exportación e importación de artículos, tal cual convenía a las necesidades de la economía de guerra. La Rusia de los Zares no era una gran nación industrial y su importancia en el comercio con ciertos países de Europa descansaba en el hecho de su gran producción de granos y maderas, exportaciones que en su gran mayoría, estaban manejadas y controladas por compañías y organizaciones extranjeras. La exportación de minerales como el manganeso había cobrado bastante importancia a raíz de 1910, así como la exportación de productos agropecuarios y de linaza. Sus importaciones consistían principalmente de artículos manufacturados, tales como textiles, papel, alimentos, aunque en los últimos años de los Zares, debido al impulso industrial del país, la importación de bienes de capitalización había alcanzado una importancia destacada. Estas importaciones, no hay duda, se debían al movimiento de capitales extranjeros a la Rusia zarista, que buscaba en sus ricas tierras, los mine-

EL TRIMESTRE ECONOMICO

rales y las maderas, el petróleo y otras materias primas, cada vez en mayor demanda en los países industriales de Europa.

El sistema implantado por los revolucionarios rusos obedeció, antes que nada a tres factores: las condiciones que prevalecían ya antes de la revolución, arriba aludidas; la actitud del resto del mundo hacia la revolución rusa —de abierta hostilidad y oposición— y, finalmente, al hecho mismo de que el Estado comunista, por su misma teoría, hacía necesario un control absoluto de las relaciones comerciales de la nación con el resto del mundo.

Al analizar las condiciones económicas de Rusia en esta época, es menester tener en mente que todo el territorio ruso estaba bajo el constante bloqueo de las naciones que declararon la guerra al régimen, bloqueo que no sólo se manifestaba en la absoluta prohibición de enviar o de recibir mercancías rusas, sino de apresamiento de barcos de bandera rusa, congelación y confiscación de créditos y saldos en los bancos del extranjero y, finalmente, en el bloqueo del oro proveniente de las minas rusas que no era aceptado en ningún mercado mundial, excepto en condiciones de un 25 % de descuento.

Después de 1920, cuando se firmó el primer tratado de los revolucionarios con un país extranjero —el tratado con Estonia— y, finalmente, la serie de tratados posteriores con Inglaterra y cada una de las naciones más importantes de Europa, la Rusia Soviética tenía ya establecido su sistema de comercio al que debían amoldarse y acotarse los convenios y tratados celebrados con las naciones interesadas en su comercio. Ese sistema de control no difiere en nada, sino quizás en pequeños detalles, del sistema de control riguroso que hemos visto funcionar durante el último conflicto en los grandes países. El control y planeación del comercio exterior se puso bajo la vigilancia y responsabilidad del Comisario de Comercio Exterior. Todo el sistema de distribución y racionamiento de artículos exportados e importados se originó a partir de 1920; sistema que en el último conflicto, todos los países beligerantes hubieron de adoptar con igual rigor. La falta de experiencia y de personal entrenado para manejar los múltiples aspectos del comercio exterior hicieron que se cometieran muchos errores en los primeros años; y la necesidad de que el comercio exterior se estableciera en una forma más regular y más provechosa a la economía del país, hizo que se efectuaran reformas constantes, hasta encontrar la forma ideal para realizarlo.

El monopolio del comercio exterior, naturalmente, es un aspecto de la política comercial e industrial de la Unión Soviética. Libre de la competencia extranjera, el Estado puede dedicar sus energías y los recursos del país, al fomento de industrias y a la manufactura de artículos que se estiman de absoluta necesidad para la futura seguridad política del nuevo régimen. Este monopolio daba también al Estado la oportunidad de poder sacar las mayores ventajas de su relación de intercambio, especialmente cuando se

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

considera que las grandes empresas extranjeras de los países industriales productores de la maquinaria y equipo que Rusia necesitaba para su industrialización, son también enormes monopolios, que su carácter privado, no resta ninguna ventaja comparado con los monopolios de carácter público.

El autor distingue los siguientes períodos en el desenvolvimiento del comercio exterior de la Unión Soviética: de 1919 a 1921, cuando el país estaba completamente desorganizado, tenía poco que exportar y la imposibilidad de conseguir créditos reducían las importaciones al mínimo; período de 1922 a 1928, el país trataba de importar de preferencia materias primas para elaborarlas en el interior, en lugar de comprar los productos manufacturados. El déficit de la balanza comercial y de pagos se cubría con exportaciones de oro y créditos extranjeros a corto plazo, a tipos de interés prohibitivos. El tercer período se inicia con el anuncio del primer plan quinquenal, las importaciones consisten en su casi totalidad de bienes de capitalización, dínamos, turbinas, motores, implementos agrícolas, etc. La importación de alimentos casi desaparece y esto coincide con un gran consumo interno de granos y de ganado y sus productos, que a su vez resta excedentes para la exportación. Pero para entonces la Unión Soviética puede conseguir créditos en condiciones más fáciles y, además, como este período coincide con la crisis mundial, la relación de intercambio le es favorable. A partir de 1933, las importaciones de bienes de capitalización disminuye, conjuntamente con el aumento notable de producción interna de la mayoría del equipo que el país necesita para su progreso industrial. A su vez, a partir de esa fecha, la Unión Soviética principia a exportar bienes de consumo, principalmente a los países del oriente, aunque sus exportaciones a los países de occidente continúan siendo las materias primas, tales como maderas, manganeso, etc.

La parte más interesante del libro es naturalmente la narración que hace el autor de la forma en que los líderes soviéticos solucionaron el problema de su balanza de pagos deficitaria en la mayoría de los años, la especialización llevada al extremo de su organización de comercio exterior, la perfecta organización de sus varias dependencias y organismos y la coordinación casi mecánica que se observa entre los organismos encargados de la planeación de la producción agrícola e industrial y los organismos encargados de colocar los excedentes rusos en los mercados del mundo, que a su vez permiten a la Unión Soviética atender al pago de sus importaciones.

El autor descarta todos los comentarios tendenciosos que se hacen respecto a la finalidad política del comercio exterior ruso. El país, debido a su débil posición en el comercio mundial, no puede jugar política ni puede influir en la tendencia del comercio en la forma como lo pueden hacer, por ejemplo, los Estados Unidos, con su enorme producción industrial, sus grandes reservas de capitales, su control de las comunicaciones

EL TRIMESTRE ECONOMICO

marítimas y aéreas. La Unión Soviética, por el contrario, necesita grandes cantidades de divisas para atender a su programa de reconstrucción y de expansión de la producción en las apartadas regiones de Siberia y de otras regiones atrasadas. La posibilidad de que Alemania pague las reparaciones en forma de equipo y maquinaria, aumentará las posibilidades de que la Unión Soviética pueda importar más, ya que en esa forma tendrá más recursos disponibles para comprar, recursos que de otra manera tendrían que invertirse en comprar los artículos que ahora recibiría en pago de reparaciones. La capacidad de consumo de la Unión Soviética es enorme y sus posibilidades de importación están en razón directa a sus exportaciones.

Para el economista interesado en la teoría y práctica del comercio exterior este es un libro que le enseñará muchas lecciones que ya los países industriales han copiado y aprendido en muchos aspectos. No hay duda que al leer este libro, y reflexionando sobre los enormes problemas que tienen que resolverse en la Unión Soviética, nadie puede dudar de los deseos de paz y de los deseos de cooperación que anima a los líderes y pueblo de ese país. La propaganda ponzoñosa y alevosa de los intereses imperialistas no puede cegarnos a la realidad soviética y a los deseos genuinos de ese pueblo de vivir en paz, que le permita reconstruir lo que la agresión fascista destruyó en cinco años de guerra y vandalismo. No son los soviets lo que amenazan la paz mundial, ni los que sueñan con la conquista del mundo.

Son los monopolios y los cárteles de los Estados Unidos, los herederos del imperio de la I. G. Farben, la Standard Oil, los Du Pont, los magnates de la General Motors y General Electric, esos superestados modernos, más poderosos que el propio gobierno de los Estados Unidos, los que envenenan el ambiente y están preparando a la opinión pública de su país y de todo el mundo a una guerra de agresión contra un pueblo cuyo único interés es el bienestar de las masas y el derecho a gozar de una mejor vida que hoy quieren negar a la humanidad entera los dirigentes de los supermonopolios, dueños de todas las materias primas del mundo capitalista y dueños de más del 70 % del equipo y de la producción industrial en todo el mundo.—*Gustavo Polit.*

ERIC JONHSTON, *Norte América Ilimitada*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1946. Pp. 347.

Los editores hicieron bien en traducir la excelente obra del señor Jonhston, personaje que se distinguió durante la guerra por las ideas liberales que expresaban sus discursos, ideas que si bien no eran nuevas en la escena política norteamericana de entonces, viniendo de un presidente de la Cámara de Comercio, sí tenían novedad.

Es difícil criticar esta obra desde un punto de vista estrictamente eco-

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

nómico, pues la obra no es de economía. Es mas bien un tratado práctico de propaganda política, aplicada a la escena norteamericana. De los diecinueve capítulos de que consta la obra, sólo dos de ellos se podrá considerar que tratan de asuntos económicos: La gran empresa y la empresa modesta; y El capital y el trabajo. Pero aún estos dos capítulos están salpicados de teoría política y social, de gobierno y de doctrinas psicológicas. El autor escribió su penúltimo capítulo con el título de "Crisis moral. Es una disertación piadosa, y conociendo como creo conocer al corazón norteamericano, la creo sincera y hasta elocuente. Pero la sinceridad y la elocuencia están bien para el púlpito y quizás para el seno de la familia o para una reunión de asociación fraternal, como las que abundan en las universidades anglosajonas, pero especialmente, en los Estados Unidos. Un edificio social y las instituciones económicas descansan sobre hechos reales, sobre relaciones entre los individuos, relaciones de orden legal, institucionales y contra cuya violación el gobierno o las leyes imponen a veces mortales sanciones.

Aprecio en extremo las cualidades de sinceridad y la piedad de un individuo, máxime cuando se vale de la tribuna internacional que representa un libro, para proclamar sus doctrinas y enseñar su credo. Pero dejando el sentimentalismo que sus frases bonitas puedan inspirarnos, es necesario disectar sus frases y analizar su contenido. Esto es lo que me propongo hacer en esta reseña.

Lo que más llama la atención en el libro de Johnston es el uso indiscriminado de frases cliché, repetidas en momentos oportunos y después de sus diatribas al gobierno y a los que atacan a "la empresa libre". Como todo propagandista político, nunca se detiene a examinar sus frases y cuando define algunas de ellas, lo hace en la forma más vaga posible. El Johnston liberal que se revela en algunos capítulos como "Muchos mundos", "Crisis moral" y "Cuando la guerra termine", queda eliminado cuando establece su "Juicio sobre el New Deal", "El individuo y el estado", y sobre todo su capítulo sobre "Impuestos y colocaciones". Y tenía que ser, pues, hablando de piadosos y cristianos propósitos, las frases huecas y aliñadas nos sacan de apuros. Pero hablando de la función del Estado en la sociedad moderna, y hablando de las contribuciones e impuestos que son necesarios obtener de los ricos y gamonales, como medio de redistribuir la riqueza que resulta del sistema de explotación disparado actual, el capitalista defiende su "derecho divino" a sus ganancias y condena la intervención del Estado como "estatismo", "burocratismo" y otros adjetivos que los reaccionarios se han encargado de desprestigiar. Al final de la obra el lector sale con la impresión que el señor Johnston liberal de que habíamos oído hablar es un mito o un personaje que usa una careta muy grande para tapar su verdadera fisonomía de ultraconservador y defensor de la "Empresa libre" a toda costa, aunque aparentemente esté dispuesto a pequeñas concesiones.

EL TRIMESTRE ECONOMICO

El señor Jonhston no difiere en nada del señor Hayek que nos escribió un librito titulado "El camino de la esclavitud". Ambos son de la misma escuela "liberal": el uno de la escuela liberal académica y el otro de la escuela "liberal" de los negocios. Pero ambos llegan "al camino de la reacción" de que Finer nos habla en su oportuna y decisiva contestación a Hayek. Porque Jonhston en fin de cuentas está pidiendo el retorno del derecho divino de los capitalistas a seguir persiguiendo ganancias fantásticas a expensas del pueblo que cada vez puede consumir menos de lo que el país produce. Y de las existencias de estos excedentes acumulados por el subconsumo nacional nace la necesidad de "buscar mercados extranjeros" para anegarlos con el producto del pueblo trabajador que no pudo consumirlos por no tener dinero para comprarlos.

De nada vale que Jonhston intercale frases y dicho de gentes conocidas como liberales. Este es un truco ya bien conocido entre los escritores. Una oración o un texto tiene un significado diferente dentro de un libro, como parte de un argumento general, que fuera del libro o fuera del argumento a que el texto se refiera. En verdad, su significado puede ser perfectamente el opuesto en el uno y en el otro.

El señor Jonhston, ocupado en organizar industrias y pronunciar discursos, no ha leído a sus compatriotas más distinguidos. La historia norteamericana que él nos escribe dista mucho de ser la "historia" en que todos creen. Louis Hacker, el eminentísimo historiador de la Universidad de Columbia, en su obra *El triunfo del capitalismo norteamericano*, nos habla en forma tan distinta, que al leer los dos libros, nos imaginamos que se están describiendo dos países perfectamente diferentes. Y sobre las bondades del "capitalismo del pueblo" frase muy elegante pero sin ningún contenido real en la vida económica norteamericana, Veblen, Jerome Davis, John Dewey y otros grandes norteamericanos, nos dicen muchas cosas que constituyen una acusación condenatoria al sistema de que tanto se vanagloria el presidente de la Cámara de Comercio.

No, los únicos que difieren de la interpretación histórica norteamericana que hace Jonhston, no son los totalitarios o burócratas. No son ni socialistas ni comunistas, ni fascistas. Son los hombres de criterio honrado que ven el pasado y el presente, que leen historia no para repetir frases de hombres ilustres y pasar por eruditos. Son hombres que analizan las frases y analizan los hechos y que no tienen miedo de propugnar reformas sociales necesarias para que la organización social siga siendo una defensa de los desheredados y un dique contra las aspiraciones y ambiciones desmedidas de las clases explotadoras. Estos son los verdaderos defensores de la democracia norteamericana, de esa democracia de que Jonhston se muestra tan ufano, pero que no tiene parecido a la democracia del señor Hoover ni al sistema de gobierno que permite el reino de los monopolios y de los imperialistas, la cabalgata de Wall Street que nuevamente dirige los asuntos

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

oficiales en Wáshington —¡quién lo creyera!— sin pasar dos años todavía de la muerte de Roosevelt. El señor Jonhston tiene asegurado su puesto de honor, pero no en la compañía de los verdaderos liberales norteamericanos, a quienes les preocupa el bienestar de su pueblo y no el pago de contribuciones ni la ingerencia del Estado en la vida económica. Ellos saben que “el espíritu del capitalismo es el espíritu de un sistema de poder basado en la propiedad y expresado en el poder del dinero... Y suponer que el hacer dinero es la semilla de la cual toda la sociedad industrial moderna ha salido es hablar sin sentido”.—*G. Polit.*